

SE SUSCRIBE  
en Cartagena, despacha  
de don Liberato  
tella. En provincia  
deponencia á A.  
Saavedra.

# EL ECO DE CARTAGENA.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN  
En Cartagena, un trimestre 30 pesetas; trimestre 60. En las provincias 150. Anuncios comunicados á precios convencionales.

AÑO XXIV.—NÚM. 6736

LUNES 7 DE FEBRERO DE 1904.

REDACCION, MAYOR 24.

## INCENDIO DEL «SAN AGUSTIN»

Apesar de que hemos publicado ya un relato de la pérdida de este buque, insertamos á continuación en la crónica que ha de ser leída con gusto la siguiente carta que publica el «Diario de Cadiz» escrita por un testigo presencial pasajero en el San Agustín y uno de los últimos que abandonaron el vapor.

Dice así:  
Liverpool, 24 de Diciembre de 1883.  
Querida tí, Florentina.

Supóngase que recibe usted esta carta del otro mundo, pues allí debió yo estar, á no ser por mi sangre fría y la Virgen del Carmen, que me permitió conservarla hasta el último momento. Voy á narrar á usted punto por punto lo ocurrido desde el momento de empezar el incendio hasta mi salida de á bordo, (que fue el último), pudiendo decir que ha sido capitán del *San Agustín* 23 horas, con una tripulación de 16 hombres á mis órdenes.

Sallimos de Coruña el Sábado 15 á las cuatro y media de la tarde, con calma y algo de neblina; todo fué bien hasta el domingo 16, en que siendo sobre las dos y media de la tarde, y estando ya acostado por estar sudando un fuerte estipado, oí voces de jagonal jagonal ¿donde es? salté de la litera, me vesti como Dios quiso, y salí ya estaba la cámara llena de humo; subí á cubierta y vi al capitán, á quien pregunté que ocurría y donde era el fuego; me dijo que suponía fuese en los roperos de la parte de estribor; se pusieron á trabajar todas las bombas; pero como el humo era tan espeso, nadie podía dirigir bien el agua al sitio donde debía de ir; una hora después se vió que el fuego había ya pisado el costado de babor; en vista de esto y después de trabajar todo lo posible por atajarlo, sin lograr nada, el capitán me llamó al puente, y junto con los demás oficiales, nos consultó que creíamos más prudente, si derribar ó seguir el rumbo; yo creí que lo mejor sería derribar, pues así teníamos viento y mar de popa, y mientras anduviéramos nos acercáramos á puerto; todos fueron de esta opinión; se mandó largar el aparejo poniéndose el buque en popa, pero el sobrecargo (nautico) no cesaba de hacer reflexiones al capitán y dieron por resultado mandar aferrar y parar la máquina, por haber visto un bergantín por la proa, (se izó bandera de auxilio y cuando el bergantín estaba suficientemente cerca, el capitán dió la orden de echar los botes al agua (reinaudo entónces un temporal de N. E. con mares muy gruesas), habiendo logrado hacerlo con tres, uno de los cuales volvió á bordo por no haber podido acercarse al bergantín, y al subir la gente de este bote á nuestro barco, un cuarto maquinista fué cogido entre el

bote y el casco y casi reventado lo subimos á bordo (muriendo al día siguiente), el bote se hizo pedazos contra el costado el fuego seguía invadiendo la cámara de primeray el viento y la mar arreciaban, siendo como las once de la noche, avistamos por popa dos vapores, soltamos cohetes y luces de bengala y no vieron muy cerca, como la mar era tan gruesa, no podían acercarse lo que nosotros hubiéramos deseado y en vista de que estos buques no hacían nada por nosotros, mandó el capitán arriar su canoa y otro bote grande, en la primera se embarcaron los contramaestres y algunos tripulantes, y en el segundo, por orden del capitán se embarcó el primer oficial y todos los hombres casados que cupieron; este bote llevaba una luz y la última vez que lo vimos fué cerca del vapor, que por que inferno se salvarían, el único bote que nos quedaba se comunicó al fuego, yéndose con él nuestra esperanza de salvación.

Desde que salió el primer bote, el capitán me decía que me embarcaba, pero yo siempre conteste que abandonaría el buque cuando él lo abandonase. Seria sobre la una de la noche, el capitán y algunos otros más se subieron a la cofa del palo mayor, y como el fuego iba ganando terreno hacia popa, estaban en gran peligro de que el palo se quemara; yo para hacerlos bajar más pronto, les dije que el palo empezaba á arder y así lo hicieron, siendo esto la salvación de algunos, pues á la media hora vino el palo guardabajo, á tiempo que el capitán pasaba por la jarcia de popa á proa para ponerse sobre el guarda-calor de la máquina, cogiéndole el pié derecho entre el palo y un pescante de un bote y cortándose de raíz un poco más arriba del tobillo; se trajo á popa y se le curó como se pudo; yo que estaba á popa á la caída del palo, sea la botavara ó un puntal me rozó la parte posterior de la cabeza, cayendo sin sentido sobre cubierta donde estuve cuatro ó cinco minutos, y al volver en mí me encontré heridos en la pierna izquierda; el segundo oficial que iba detrás del capitán y quedó ileso á la caída del palo, volvió á popa, se metió en el fumador y se pegó un tiro, quedando muerto en el acto.

En este estado las cosas y el capitán pidiendo á voces le diéramos agua, llegó el amanecer del día 17, en que se avistó un vapor y renacieron nuestras esperanzas; este vapor arrió un bote al agua, pero debido á la mucha mar y al viento no podía acercarse por temor á estrellarse contra nuestro barco, y se mantuvo á una distancia de quince brazas; entonces arriamos al capitán al agua con cinturón salva-vida, y viendo que el bote no hacía por él, determinamos el primer oficial del

XIII (pasajero) y yo tiramos el bote y hacer al bote que reventó; yo tenía la americana con una cuerda, y mientras iba desatándola, por no tener el bote mano, el oficial se tiró, pero no pudo nadar mas que unos minutos, habiéndose ahogado por el tercer golpe de mar; el tercer oficial estuvo en el agua unos minutos, y sea bien del bote la pérdida de sangre, soltando el bote al cual estaba agarrado el oficial; al mismo tiempo se salvaron cuatro hombres; el día tuvimos á la vista cuatro vapores, tres de los cuales echaron los botes al agua, logrando en los botes, y gracias á los esfuerzos de los tripulantes naufragos, salvar ocho; en estos botes quiso salvarse el primer oficial, saltando al agua, pero á las tres de la tarde, con tanta suerte, que no hizo mas que caer y hundirse.

Yo creo que este pobre muchacho estaba loco al tirarse, pues á la distancia que estaba el bote era imposible salvarse. Desde este momento ya no quedaba á bordo más oficial ni jefe que yo, empezando mi mando por decir que ya se había acabado el tirarse los hombres al agua en busca de una muerte cierta, y que mientras tuviéramos agua bajo la quilla teníamos probabilidad de salvamento; todo esto pasaba á popa, sentados en la barandilla ó pasamanos, y el fuego á nuestros piés; cuando ya no pudimos resistir más, pasamos al centro del barco, teniendo que ir por la regala de estribor que ardía en varias partes y por lo tanto nos quemábamos las manos; durante la tarde, y procurando izar á bordo uno que se estaba ahogando, puse el pié izquierdo sobre una plancha candente y con la escitación que sentía, pero cuando el pobre se ahogó y volví á popa, sentí cierto dolor, me miré la suela de la bota que era muy gorda y vi que tenía un agujero, por donde comprendí que me había quemado el pié.

Durante la noche del domingo al lunes, dos fogoneros cayeron en unas llamas y otro se pegó una puñalada en el corazón.

Llegó la noche del lunes y el último vapor que teníamos á la vista desapareció, entrando entónces un poco de pánico entre la gente; pero entre el carpintero y yo logramos reanimarla, diciéndole que el buque estaba á la vista y que esperaría hasta por la mañana para salvarnos á todos; mis temores eran que el buque empezara á hacer agua ó que hubiera una explosión en las calderas, pero á Dios gracias nada de esto ocurrió. Serian sobre las dos de la

madrugada hubo uno que gritó: ¡nos vamos á piquell! yo no sé si soñando, lo que sé es que todos empezaron á llorar y gritar, y gracias al carpintero y á mí los pusimos en órden; habia un fogonero que no hacía más que llorar y clamar á los Santos, y creyendo yo que este fué el que dió el grito de que el buque se hundia, lo cogí delante de todos y le dije que en el momento que le volviera á oír lo mandaba tirar al agua para que no desanimara a nadie y que si queria rezar que lo hiciera en su interior como todos hacíamos; pasó esto y todo quedó tranquilo; durante la noche hice bajar dos veces á la máquina á un maquinista y calderero y viera si todo iba bien; al carpintero con un cabo y pedazo de hierro le hacia cada cuarto de hora medir nuestra altura del agua para si nos hundiamos no nos cogiera desprevenidos.

Amaneció el martes y no habia buque á la vista, pero serian las nueve de la mañana, á gran distancia divisamos un vapor que más tarde vimos hacia por nosotros y entónces hice subir un hombre sobre la casa de la máquina y que con una manta hiciera señales, que por suerte fueron vistas, y se acercó cuanto pudo, que no fué mucho, porque la mar era muy gruesa y el viento duro; echó un bote al agua con cuatro hombres y el piloto, nos echó una boya con un cabo, la cual pescamos y le atamos otro cabo á fin de poderla traer á bordo y dejarla cuando el hombre la tuviera puesta; así se hizo, siendo el primer maquinista el primero que mandé salvarse para que dijera á los del bote nuestra situación, que todos estábamos medio ciegos del humo y del calor; al ver los de á bordo la boya, todos querian salir á la vez, yo los ordené y fui mandando uno á uno hasta el último que fui yo, que por poco me ahogó, por haberseme enredado la cuerda entre los piés, pero tuve serenidad para quitármela y seguir nadando al bote salvador.

Para embarcar en el otro vapor nos tuvieron que tirar al agua otra vez y recogerlos como en el bote. A bordo del vapor salvador nos han tratado muy bien; el capitán me dió su litera llamándome valiente á cada momento. Yo he estado casi ciego tres días, en los cuales no podía menearme de la litera por tener todo el cuerpo dolorido; al saltar al agua toda la piel de la quemadura del pié se desprendió, así es que tengo una llaga que me pilla medio pié y me molesta bastante.

A los cuatro días de navegación llegamos á Dover (ayer al amanecer) vestidos de máscaras, pues teníamos lo que los pobres del vapor